

# Antonio Mora Vélez

## *La gordita del Tropicana*

Andrés Elías Flórez Brum



◆ Afortunado el ser que vive y experimenta hechos y sucesos interesantes y curiosos en su infancia y juventud, y luego alcanza a recrearlos en su madurez!

De esa fortuna es el libro de cuentos del escritor Antonio Mora Vélez, *La gordita del Tropicana*.

Así, de privilegio, el festejo y la gracia. Pues, en un país donde la crueldad y la violencia arrasan con la vida en el primer despertar, llegar a la juventud en el campo nuestro, y sobrevivir en la periferia de nuestras ciudades, ya es de héroes.

Y vivir para evocar y recordar las aventuras y las hazañas (infancia y juventud), al leer las páginas de este libro también es ventaja del lector.

¡Qué suerte que se pueda recrear ahora! En el juego, la buena pluma del autor y la

imaginación del lector, al recuperar, con las ayudas de los textos, las cosas perdidas...

La vivencia o la anécdota que se toma de *leitmotiv* para narrar cada uno de estos cuentos, podría resultar intrascendente. Como la del chico que se apropia de una caja de cartón para guardar sus pequeñas cosas.

Pero de anécdotas, chistes e historias sueltas se alimenta la oralidad Caribe. La gracia está entonces en la envoltura de lo anecdótico en la escritura. Altamente literaria. ¿Lo logra este escritor...? ¿Lo logra Antonio Mora Vélez? Con creces, diría Azorín —si se permite apuntar la expresión al filósofo español—. Este pensador, al escribir sobre la obra del novelista Pío Baroja, enseña que la experiencia, el talento, la observación y la imaginación son determinantes en el arte de contar.

¡Y bien que lo logra Antonio!

El buen cuento no solo lo produce la anécdota. Lo produce la anécdota, el tono y la envoltura. En especial, la envoltura que se teje de palabras. Y Antonio Mora teje y teje bien. Zurce como si tuviera en sus manos una pluma grande, una madeja de fina lana y un canasto de forma cónica para guardar con esmero lo tejido.

Así que las palabras y la manera como se dicen las cosas son determinantes también. Cómo trasciende la anécdota del niño que se encariña con la caja de cartón. Se apropia de ella para esconder su jabón, la peinilla, los libros del colegio, los perritos imantados, la lotería de animales y la pequeña armónica. Pero a punta de expresiones, giros sencillos, casi ausencia de adjetivos, y

lo dialógico dentro del texto que se narra va llevando al lector por el entramado que suelta el narrador.

Otro niño en el cuento *Más bonita que Georgina* se enamora de la quinceañera del balcón de enfrente y en su comienzo expresa: "A la hora en que el sol se metía en el horizonte del mar, el niño se sentaba en un banquito, todos los domingos, a mirar hacia el balcón de enfrente". Y te vas enamorando, a peso de palabras, del niño que se enamora de un amor imposible.

"Se llamaba Cielito y era un ángel en busca de amor". La expresión parecería de un nadaísta, pero es la primera frase del cuento *Cielito*. De la manera siguiente el narrador describe a Cielito: "Tenía siete años, un solo vestido y las ganas de tener un papá que la consintiera". Al final, el lector se quedará con "la imagen de su ternura en la memoria", como dice el texto.

Como se trata de la vida feliz y maravillosa de la infancia, casi todos los personajes, en los primeros cuentos, son niños: "Después del colegio yo jugaba en la sala con una dulzaina y cantaba las canciones que escuchaba en la radio del vecino". Va el lector, al lado del narrador, recreando también la historia de sus recuerdos que pueda atrapar al tiempo de la lectura.

Luego, al asomarse la adolescencia, *La gordita del Tropicana* —el cuento que titula el libro— aparece el primer amor seductor. Y la complicidad de los amigos del barrio. La primera puerta que se abre, la primera cama que se tiende y la primera experiencia sexual. ¡Interesantes los pasos que se dan para llegar al placer!

Dice en *La virginidad de Rosario*, contado en primera persona (intradiegético) como casi todos los cuentos: "Yo era uno o dos años mayor que ella pero era un muchacho que apenas se asomaba al sexo desde las páginas de las revistas y era tan virgen e ignorante en la práctica de esas lides como

Rosario". Lo que ocurre después entre el protagonista y Rosario se evocará por el lector con lamentaciones por las oportunidades desperdiciadas...

Por último, llega el circo. Se van intercalando en el libro, recuerdos de la niñez y la juventud. En el cuento *Plácida*, se presenta a ese adolescente tímido que desea conquistar, con la ayuda de las amigas de la universidad, pero todo se enreda y se complica en la timidez del personaje...

Antonio Mora Vélez, escritor muy reconocido entre nosotros, por ser uno de los creadores de textos de ciencia ficción..., *Los helados cibernéticos* (cuentos). *Los nuevos iniciados* (novela), entrega ahora este recomendado paquete de cuentos de corte realista o neo-realista, al lado de la novela también de este rasgo: *A la hora de las golondrinas*.

Llaman la atención, en la estructura y diseño de la obra, tres motivos: Las dedicatorias —los relatos están dedicados a personas que ya se han ido—, las fechas de las historias (unas más lejanas, otras más próximas) y los dibujos e ilustraciones, a manera de retratos en blanco y negro, de la pintora Mónica Garzón Saladén.

Entonces, ayudaría la lectura divertida e interesada, en la extraña comunión autor-lector, la elaboración de nuevos textos. En esa función de la literatura, reescritura del texto. Lo que podría desentrañar el otro. El puente cercano que se tiende entre escritura y lectura...

En fin, podría avivarse el deseo de recuperar, cuando se han extraviado en el olvido, los nombres de tías y abuelas y las imágenes de los primeros regalos que han podido traer por encargo los reyes magos.

Y en un país donde todo se pierde por culpa de la guerra, donde el desplazamiento y la falta de empleo borran la arcadía y ahogan la esperanza, el ejercicio de la lectura de este libro ayudaría a recuperar la memoria. ■